

Introducción

La relación del latín con Europa es profunda y duradera. Como resultado de una trayectoria de más de dos mil años, el latín ha llegado a ser una lengua al mismo tiempo familiar y extraña para una gran cantidad de europeos. Es una lengua familiar para quienes, desde Cádiz hasta Tallin, desde Dubrovnik hasta Cork se encuentran cotidianamente con inscripciones en latín en iglesias y en lugares públicos, con lemas en latín en los escudos de sus ciudades y universidades, y con nombres que quieren sonar a latín en comercios, compañías aseguradoras y botellas de vino. Para quienes hablamos lenguas romances, la familiaridad del latín se extiende a la forma de sus palabras, que a menudo adivinamos emparentadas con las nuestras. Pero al mismo tiempo, para todas estas personas, hablantes o no de lenguas romances, el latín es una lengua extraña, porque de entre ellas se encontrará porcentualmente a muy pocas que puedan desentrañar el significado de un texto escrito en ese idioma, y también, porque incluso las pocas que sí pueden han tenido que aprender latín con el mismo esfuerzo con el que se aprende una lengua extranjera, o incluso más, puesto que no existe una comunidad de hablantes nativos.

Antes de esbozar cómo abordaremos en este libro la presencia del latín en Europa, apuntaremos algunas consideraciones sobre los límites espaciales y temporales de nuestro tema.

Límites geográficos

En la Antigüedad, el latín llegó a extenderse, de la mano del Imperio romano, por buena parte de Europa, por el norte de África y, en una medida considerablemente menor, por Oriente Próximo. Sin embargo, en la Edad Media el latín quedó circunscrito a Europa y más en concreto a los territorios de Europa cuyos gobernantes suscribían o acabaron por suscribir la religión de la Iglesia de Roma. Este territorio comenzó siendo una porción de la mitad occidental del Imperio romano tal y como había quedado configurado en el siglo IV; a lo largo de la Edad Media, esta área fue extendiéndose hacia el norte, hasta llegar a Escandinavia y los actuales países bálticos, hacia el sur hasta restablecerse en territorios que antes de las conquistas árabes habían formado parte del Imperio romano (como Sicilia y la totalidad de la península ibérica), y hacia el este hasta llegar a lo que hoy es aproximadamente Polonia, Eslovaquia y Hungría. A ese espacio europeo de fronteras movedizas y cambiantes con el tiempo nos referiremos en este libro como “Europa latina”.

La complejidad cultural alcanzada por el concepto de *Europa* a lo largo de la historia nos obliga a incidir aquí sobre su carácter difuso. En los textos latinos medievales, la propia palabra *Europa* no es demasiado frecuente y cuando aparece, salvo en las excepciones que consideraremos en su momento, tiene el sentido geográfico heredado de la Antigüedad: es decir, un continente con aproximadamente los mismos límites al oeste, norte y sur que en la actualidad, pero no en el este, donde los geógrafos antiguos habían establecido el límite en el río Don, que desemboca en el mar de Azov. Este límite geográfico se mantuvo a lo largo de toda la Edad Moderna. Ahora bien, dado que el Don nace a más de 200 kilómetros al sur de Moscú (los antiguos griegos y romanos desconocían dónde nacía este río), todo el territorio situado al norte quedaba en la indefinición geográfica entre Europa y Asia.

Tradicionalmente se ha considerado que el discurso de Europa, es decir, aquel que habla del continente europeo en

clave cultural y política, comenzó con plenitud en el siglo XVIII; recientemente, la profesora Isabella Walser-Bürgler ha mostrado que podemos situar el comienzo de ese discurso en el Renacimiento y en textos escritos en latín. La caída de Bizancio o Constantinopla (1453), capital del Imperio bizantino, y el avance del Imperio otomano desempeñaron un papel catalizador en el inicio de este discurso, con textos tempranos tan significativos como el tratado *De Europa* (1458) de Enea Silvio Piccolomini (1405-1464), papa Pío II desde ese mismo año, o *De Europae dissidiis et bello Turcico* (“sobre las desavenencias de Europa y la guerra del turco”, 1526), del humanista Juan Luis Vives (1493-1540). Se vuelve común presentar a Europa como un conjunto de naciones cristianas que deberían superar sus desacuerdos y unirse en contra del enemigo común. Con el tiempo se abre camino, también en textos en latín producidos en la Europa latina, la idea de un equilibrio de poder entre los Estados europeos. Muy excepcionalmente, como en el caso del *Icon animorum* (“espejo de ánimos”, 1614) del poeta franco-escocés John Barclay (1582-1621), esta idea de Europa como conjunto de países concordes incluye a Turquía y Rusia, por lo general considerados periferia bárbara, así como a los judíos, presentes en todo el territorio europeo. Los desarrollos del discurso de Europa posteriores a la Edad Moderna quedan muy lejos de nuestros objetivos, aunque podemos señalar que la persistente diversidad cultural del continente queda reconocida en la actualidad en el lema de la Unión Europea, “unida en la diversidad”.

El modelo cultural de la Europa latina se expandió a través de sus proyecciones coloniales en América y Asia, y con él el uso del latín en contextos semejantes a los que se usaba en las metrópolis. Las universidades creadas en la América española desde el siglo XVI y más tarde por los colonizadores protestantes en América del Norte propiciaron allí el uso académico de la lengua latina en las mismas o muy parecidas condiciones que en el continente europeo. Por su parte, la Iglesia católica, y muy en especial las misiones de la Compañía

de Jesús, contribuyeron decisivamente a exportar el uso activo del latín tanto en Latinoamérica como en Asia, en particular en China. De estos usos del latín fuera de Europa, para los que existe una importante bibliografía y se abren todavía amplios horizontes de investigación, no nos ocuparemos en este libro más que en ocasiones puntuales.

Límites cronológicos

Aunque los primeros testimonios del latín se documentan en torno al siglo VI a. C., los primeros textos literarios que conservamos datan del siglo III a. C. En las décadas en torno al cambio de era se llevó a cabo la fijación del latín como lengua literaria. A partir de ese momento, la distancia que separaba el latín escrito del latín hablado (al que solo tenemos un acceso indiciario y que a menudo se designa como latín “vulgar”) fue agrandándose, hasta desembocar, después de la disolución del Imperio romano occidental, en las distintas lenguas romances. Pero la producción escrita en latín no se interrumpió; de hecho, a la vista de lo conservado, dicha producción se multiplicó exponencialmente: para el profesor Jürgen Leonhardt, lo escrito en latín desde el comienzo de la Edad Media supera en diez mil veces lo conservado de la Antigüedad. Con todo, dicha estimación es en el mejor de los casos aproximada y probablemente muy conservadora, dada la ausencia de censos completos.

A partir del siglo XIV, con el movimiento humanístico surgido en Italia, el uso del latín se somete a normas que buscan acercarlo lo más posible al latín de la Antigüedad clásica. Es un proceso que se desarrolla aproximadamente entre los siglos XIV y XVI, pero que no cambia en lo sustancial la estructura de la lengua latina. Entre los especialistas se ha impuesto la denominación técnica de neolatín para designar el latín usado desde esa época hasta la actualidad. Ahora bien, la adopción de este tecnicismo no se debe a una transformación de la lengua latina en otra distinta, sino más bien al cambio de

mentalidad y a las distintas implicaciones culturales que adquiere el propio latín en ese periodo. Dado que no designa una lengua diferente, en este libro hemos prescindido de dicha denominación técnica para evitar los malentendidos que podría provocar el prefijo *neo-*. En efecto, cuando se habla de lenguas, este prefijo suele emplearse para designar lenguas derivadas pero diferentes, como ocurre, por ejemplo, en la denominación de neogriego para referirse al griego moderno, distinto del griego clásico. Además, precisamente en este último sentido se habla a menudo de lenguas neolatinas en la literatura especializada para referirse a las lenguas romances, lo que agrava aún más la confusión.

La enorme productividad que muestra el latín a lo largo de la Edad Moderna va disminuyendo a lo largo del siglo XVIII. En el siglo XIX su uso deja de estar institucionalizado en la enseñanza universitaria, uno de los dos grandes bastiones del latín desde la Edad Media junto con la Iglesia católica, de modo que la producción latina a partir de entonces, en comparación con la producción en lenguas vernáculas, queda reducida a la anécdota estadística.

Este libro

Nuestro principal cometido es trazar una panorámica general de la producción en latín en la historia de Europa y mostrar con ella la relevancia de la lengua latina, muy en particular en sus manifestaciones escritas, para la historia cultural e intelectual europea. Probablemente, lo más relevante del prolongado uso del latín en Europa sea el establecimiento de un espacio común para la discusión intelectual en muy amplias regiones del continente, que propició el desarrollo, al menos parcialmente, de una identidad compartida. Al mismo tiempo, el recorrido por la historia del latín nos permitirá entrever aspectos de la historia social europea que en ocasiones se han adherido como connotaciones problemáticas a la imagen que hoy se tiene de dicha lengua.

Los capítulos 1, 2 y 3 ofrecen un recorrido histórico por la producción latina de la Antigüedad, la Edad Media y la Edad Moderna. Tratándose de una historia de más de dos mil años, nuestra exposición necesariamente presentará omisiones que el especialista no tardará en notar; pese a todo, hemos tratado de ofrecer un esquema lo más representativo posible de las principales líneas de desarrollo y de los contextos más amplios en que se usó la lengua latina. Con este recorrido esperamos mostrar la categoría de patrimonio cultural europeo que ha alcanzado el inmenso volumen de textos en latín producido a lo largo de los siglos. El capítulo 4 se hace eco de una serie de valores simbólicos adquiridos por el latín en el imaginario colectivo contemporáneo como consecuencia de esa larga historia y explora los amplios horizontes de investigación que se abren ante el patrimonio textual latino, que pasan en primer lugar por la difícil tarea de cuantificarlo y de hacerlo accesible.

Nuestra exposición presenta notables diferencias de planteamiento y enfoque respecto a los libros de Tore Janson, Nicholas Ostler, Wilfried Stroh y Jürgen Leonhardt, con cuyas temáticas en buena medida se solapa. Dada la extensión del tema y los múltiples aspectos desde los que se ha estudiado, la bibliografía final, necesariamente muy selectiva, resultará quizás insuficiente para el lector especializado, pero sobradamente representativa, creemos, para quien se acerque por primera vez al tema. En ella hemos recogido todos los trabajos de autores modernos que mencionamos en el texto, junto con otras monografías y libros colectivos que no citamos de forma expresa pero que permiten ahondar en muchos de los temas tratados. No incluimos en ella traducciones de las obras históricas que citamos en el texto, pues son fácilmente localizables y su inclusión haría crecer el listado más allá de lo razonable.

Por último, nos gustaría añadir unas breves aclaraciones sobre algunas convenciones en el texto. Se consignan entre paréntesis las fechas de nacimiento y muerte tras el nombre de los autores y personajes históricos la primera vez que se

mencionan. Se añade la abreviatura “ca.” (*circa*, ‘en torno a’) cuando una fecha es incierta; por lo general solo consignamos la fecha de muerte (“m.”) cuando no hay seguridad sobre la de nacimiento. Damos todas las citas en nuestra propia traducción castellana; solo ocasionalmente incluimos también las palabras de la lengua original entre paréntesis. Utilizamos corchetes para completar texto que en el original está omitido y también para incluir aclaraciones dentro de citas. Todas las citas latinas están regularizadas de acuerdo con convenciones comúnmente admitidas. Ha de tenerse en cuenta que la ortografía del latín es muy variable en todas sus épocas, al igual que era variable su pronunciación, que no siempre se corresponde con la española, ni en los sonidos ni en los acentos.